

## Editorial

# Los cambios necesarios para la transformación

La idea de sociedad ha venido manteniendo algunos de sus elementos constitutivos sin que por ello se transformen ciertas estructuras básicas que sostienen el concepto tal como se conoce desde la antigüedad occidental. Uno de esos elementos es la *costumbre buena*, la cual, desde tiempos inmemoriales, conocemos con el nombre de *éthos*. Y precisamente entre las características de esta condición humana está la de realizar todas aquellas acciones que nos permiten construir un mundo social para preservar el carácter gregario del hombre, y en consecuencia, un mundo vivible, en dignidad y prosperidad. Sin embargo, este mundo “sociable” no siempre ha sido vivido tal como lo describe la historiografía, es decir, en búsqueda de las mejores formas de vida en sociedad. Por el contrario, la América Latina, por ejemplo, ha experimentado profundas transformaciones en búsqueda de mejores proyectos de vida pero que por un mal uso del poder político ha colocado a las sociedades que la conforman en el tránsito hacia la mayor de las pobreza que haya vivido el subcontinente. Los cambios políticos sufridos a lo largo de los últimos veinte años provocaron precisamente los cambios radicales que en la vida social haya “experimentado” el más común de los mortales: la sensación de pérdida del sentido de la vida.

Lo que la sociología y la filosofía social contemporánea han caracterizado como “cambios radicales”, son vividos en América Latina de una manera diferente al resto del mundo, aunque conserva inalterable la promesa de mejorar el futuro que se vive. Y es esta idea la que queremos resaltar con las presentes líneas, pues cambiar de sentido de la vida para mantener un *status quo* es una contradicción en los términos, si nos atenemos a los propósitos que la sociedad humana ha creado para mantener ese carácter gregario: es lo que hoy se denomina “moral pública”. Y es precisamente esta la razón de la política: hacer intentos de cambiar el

mundo que se vive por un mundo mejor, entendiendo por tal aquél donde los valores de convivencia se encuentran siempre en alta, pues dar de baja a alguno de ellos no es otra cosa que derruir las bases que la misma sociedad construye para mantener las esperanzas de mejorar la vida.

Por ello, la moral pública surge como un elemento de la sociedad moderna, pues se trata de exaltar el ejercicio del poder con el propósito de producir los cambios hacia el tránsito de la vida buena; vale decir, una vida no solo plena en cuanto a la satisfacción de necesidades, sino una vida plena de gozo y disfrute, pues por eso somos portadores de un éthos que nos permite enlazar nuestros propósitos con los de aquellos que conviven junto con nosotros. El éthos es convivencia pero también sueños e ilusiones. Y son estas últimas las que permanecen incólumes en la estructura moral del individuo. Por ello cambiar para que nada cambie o para que empeore la “situación” es un contrasentido; por lo que todo proyecto político que se proponga el cambio social anulando los sueños e ilusiones del individuo, es necesariamente un esfuerzo fracasado, pues se pierde por mor de la inercia social la energía en el mismo camino-destino que intenta construir: el ser humano busca siempre un mejor vivir, por lo que oponerse tozudamente a este sentido de la vida, será siempre un despliegue innecesario de energía; la historia está repleta de episodios que demuestran estas afirmaciones.

**Dr. José Vicente Villalobos Antúnez**  
Editor Jefe